

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA.

SU AUTOR

INARCO CELENIO P. A.

PERSONAS.

Don Diego.	†	Rita.
Don Carlos.	††	Simon.
Doña Francisca.	†††	Calamocha.
Doña Irene.	††††	



La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

*El teatro representa una sala de piso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numerada las todas. Una muy grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho al lado.
Una mesa en medio, un banco, sillas, &c.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

D. Diego y Simon.

D. Die. **N**o (1) han venido todavía?

Sim. No señor.

D. Die. Despacio la han tomado por cierto.

Sim. Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalupe.

D. Die. Si yo no digo que no la viese;

pero con media hora de visita y cuatro lagrimas estaba concluido.

Sim. Ello tambien ha sido extraña determinacion, la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir, y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

Die. Ha sido conveniente el hacerlo así. Aqui me conocen todos... El Corregidor, el señor Abad, el Virador, el Rector de Málaga... Qué sé yo! Todos... Y ha sido preciso estarme quie-

(1) *Sale D. Diego de su cuarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.*

MA 1090627
 REA 1614011

to y no exponerme á que me hallasen por ahí.

Sim. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues hay mas en esto, que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

Die. Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

Sim. Adelante.

Die. Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargó que no lo digas. . . Tú eres hombre de bien y me has servido muchos años con fidelidad. . . Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

Sim. Sí Señor.

Die. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Sim. Bien está Señor. Jamas he gustado de chismes.

Die. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal Doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leído muchas de las cartas que escribia, he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos dias, y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

Sim. Si por cierto. Es muy linda y...

Die. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí. . . Y talento. . . Sí Señor, mucho talento. . . Conque, para aca-

bar de informarte, lo que yo he pensado es...

Sim. No hay que decírmelo.

Die. No? Por que?

Sim. Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

Die. Qué dices?

Sim. Excelente.

Die. Conque al instante has conocido? . . .

Sim. Pues no es claro? ... Vaya!...

Dígole á usted que me parece muy buena ooda. Buena, buena.

Die. Sí Señor... Yo lo he mirado bien y lo tengo por cosa muy acertada.

Sim. Seguro que sí.

Die. Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

Sim. Y en eso hace usted bien.

Die. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, ¿me...?

Sim. Locura? buena locura!... Con una chica como esa, eh?

Die. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... eso sí. Porque, aquí entre los dos, la buena Doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas Religiosas y el Caballero de Castroxeiz, que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

Sim. Eso es lo principal. . . ¿Y sobre todo, lo que usted tiene para quien ha de ser?

Die. Dices bien. . . Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la ca-

sa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No Señor, vida nueva. Tendré quien me ayude con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y...

Sim. Pero siendo á gusto de entrambos qué pueden decir?

Die. No? yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

Sim. Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas...

Die. Qué, hombre? Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis pocos meses ha.

Sim. Y bien, qué?

Die. Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

Sim. Pero si yo no hablo de eso.

Die. Pues de qué hablas?

Sim. Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al revés. En suma; esta Doña Paquita con quien se casa?

Die. Ahora estamos ahí? Conmigo.

Sim. Con usted?

Die. Conmigo.

Sim. Medrados quedamos!

Die. Qué dices?... Vamos, qué?...

Sim. Y pensaba yo haber adivinado!

Die. Pues qué creíste? Para quién juzgaste que la destinaba yo

Sim. Para D. Carlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgúe que se guardaba la tal niña.

Die. Pues no Señor.

Sim. Pues bien está.

Die. Mire usted que idea! Con el otro la habia de ir á casar!... No Señor, que estudie sus matemáticas.

Sim. Ya las estudia, ó por mejor decir ya las enseña.

Die. Que se haga hombre de valor, y..

Sim. Valor! ¿ Todavía pide usted mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entónces del valor de su sobrino: y yo le ví á usted mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el Rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

Die. Sí Señor: todo eso es verdad, pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

Sim. Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

Die. ¿ Pues no ha de serlo?... Doña Irene la escribió con anticipacion sobre el particular. Hemos ido allá, me ha visto, la han informado de cuanto ha querido saber: y ha respondido que está bien, que admite gustosa el partido que se la propone... Y ya ves tú con qué agrado me trata, y qué expresiones me hace tan cariñosas y tan sencillas... Mira, Simon, si los matrimonios muy desiguales tienen por lo comun desgraciada resulta, consiste en que alguna de las partes procede sin libertad: en que hay violencia, seduccion, engaño, amenazas, tiranía doméstica... Pero aquí no hay nada de eso. Y qué sacarian con engañarme?... Ya ves tú la Religiosa de Guadalajara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no la

4
conozco, sé que es una Señora de excelentes prendas: mira tú si Doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo, me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido sus ocupaciones y sus diversiones... Qué dices?

Sim. Yo nada, Señor.

Die. Y no pienses tú que á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan, para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella Doña Irene siempre la interrumpe; todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

Sim. En fin, Señor, yo desearé que salga como usted apetece.

Die. Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal... Aunque el novio no es muy de tu gusto... Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Sim. Pues qué ha hecho?

Die. Una de las tuyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos me es en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy

al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza, á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

Sim. Sí señor.

Die. Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Sim. Así es la verdad.

Die. Pues el picaron no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

Sim. Qué dice usted?

Die. Sí Señor. El día 3 de Julio salió de mi casa, y á fines de Setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... No te parece que para ir por la posta, hizo muy buena diligencia?

Sim. Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

Die. Nada de eso. Amores del Señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... Quién sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... No permita Dios que me le engañe alguna bribona, de estas que truecan el honor por el matrimonio.

Sim. Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener, para que le engañe.

Die. Me parece que están ahí... Sí. Gracias á Dios. Busca al Mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que debemos salir mañana.

Sim. Bien está.

Die. Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... Estamos?

Sim. No haya miedo que á nadie lo cuente (1).

(1) *Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa y recoge las mantillas y las dobla.*

ESCENA II.

*Doña Irene. Doña Francisca. Rita.
D. Diego.*

Fran. Ya estamos acá.

Iren. Ay! qué escalera!

Die. Muy bien venidas, Señoras.

Iren. Conque usted, á lo que parece, no ha salido (1).

Die. No Señora. Luego, mas tarde, daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato: traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

Fran. Es verdad que no... Y qué mosquitos! mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire usted! Mire usted (2) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pillilla de cristal... Mire usted qué bonita. Y dos corazones de talto... Qué sé yo cuánto viene aquí!... Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos... tantas cosas!

Iren. Chucherías que la han dado las Madres. Locas estaban con ella.

Fran. Cómo me quieren todas! Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tantol. Es ya muy viejecita.

Iren. Ha sentido mucho no conocer á usted.

Fran. Sí, es verdad. Decía: por qué no ha venido aquel Señor?

Iren. El Padre Capellan y el Rector de los Verdes, nos han venido acompañando hasta la puerta.

Fran. Toma, (3) guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... Válgate Dios,

(1) *Se sientan Doña Irene y Don Diego.*

(2) *Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*

(3) *Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de Doña Irene.*

(4) *Sentándose junto á Doña Irene.*

eh! ya se ha roto la Santa Getrudis de alcorza.

Rita. No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

Doña Irene, Doña Francisca, Don Diego.

Fran. Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

Iren. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

Die. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

Iren. Y qué fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

Fran. Pues con todo (4), aquel'a monja tan gorda, que se llama la madre Angustias, bien sudaba... Ay! cómo sudaba la pobre muger!

Iren. Mi hermana es la que está bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buena Señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

Die. Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas, á quienes debe usted particulares obligaciones.

Iren. Sí, Trinidad está muy contenta, y en cuanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bien estar, es necesario pasar por ello.. Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

Die. Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

Iren. Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

Die. Todo es cierto, pero...

Iren. Es de buena sangre y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

Die. Sí, ya estoy; pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

Fran. Me voy mamá? (1)

Iren. No pudiera, no Señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, Doña Gerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviarse á su tío carnal el padre Fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacán.

Die. Ya.

Iren. Y murió en el mar el buen religioso: que fué un quebranto para toda su familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo D. Cucufate, Regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

Fran. Válgate Dios que moscas tan...

Iren. Pues murió en olor de santidad.

Die. Eso bueno es.

Iren. Señor, pero como la familia ha venido tan á menos... Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y quién sabe que el día de mañana no se imprima, con el favor de Dios?

Die. Sí, pues ya se vé, todo se imprime.

Iren. Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el Canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta, lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo Obispo.

Die. Conque para cada año un tomo?

Iren. Sí Señor, ese plan se ha propuesto.

Die. Y de qué edad murió el Venerable?

Iren. De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

Fran. Me voy, mamá?

Iren. Anda vete. Válgate Dios, qué prisa tienes?

Fran. Quiere usted (2) que le haga una cortesía á la francesa, Señor Don Diego?

Die. Sí, hija mia. A ver?

Fran. Mire usted, así.

Die. Graciosa niña! Viva la Paquita, viva!

Fran. Para usted una cortesía, y para mi mamá, un beso.

ESCENA IV.

Doña Irene, Don Diego.

Iren. Es muy gitana y muy mona, mucho.

Die. Tiene un donaire natural que arrebatara.

Iren. Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecocos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocación, no es maravilla que cuanto hace y

(1) *Se levanta y vuelve á sentarse.*

(2) *Se levanta y des pues de hacer una graciosa cortesía á Don Diego, da un beso á Doña Irene, y se va al cuarto de esta.*

dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

Die. Quisiera solo que se explicase libremente, acerca de nuestra proyectada union, y...

Iren. Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

Die. Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndosele decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mi una satisfaccion imponderable.

Iren. No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, Señor Don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

Die. Bien: si fuese un hombre, á quien hallára por casualidad en la calle, y de buenas á primeras le espetara ese favor, cierto que la doncella haría muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse...

Iren. Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... Con qué juicio hablaba ayer noche, despues que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

Die. Y qué? hablaba de mí?

Iren. Y qué bien piensa, acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años, un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

Die. Calle! eso decia?

Iren. No, esto se lo decia yo, y

me escuchaba con una atencion, como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo... Buenas cosas la dije! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... Pues no da lástima, Señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio ni experiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura, ni conocimiento de lo que es mundo. Pues Señor (que es lo que yo digo) quién ha de gobernar la casa? quién ha de mandar á los criados? quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien, que estos atolondrados de chicos, suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

Die. Cierto que es un dolor, el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

Iren. Lo que sé decirle á usted es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto Don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... Y al mismo tiempo, mas divertido y decididor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de tallo, cuando se casó conmigo.

Die. Buena edad... No era un niño, pero...

Iren. Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entónces un boquirrubio, con los cascos á la gineteta... No Señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como

una manzana, ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura, que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de al-fombrilla.

Die. Oiga!.. Mire usted si dejó sucesion el bueno de Don Epifanio.

Iren. Sí señor, pues por qué no?

Die. Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... Y fué niño ó niña?

Iren. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

Die. Cierto que es consuelo tener así, una criatura y...

Iren. Ay! Señor! Dan malos ratos; pero qué importa? Es mucho gusto, mucho.

Die. Yo lo creo.

Iren. Sí Señor.

Die. Ya se ve que será una delicia y...

Iren. Pues no ha de ser?

Die. Un embeleso, el verlos jugar y reir y aciarciarlos, merecer sus fiestecillas inocentes.

Iren. Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

ESCENA V.

Simon. (1) *Doña Irene Don Diego.*

Sim. Señor, el mayoral está esperando.

(1) *Sale por la puerta del foro.*

(2) *Entra Sim n al cuarto de D. Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su ama, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*

(3) *Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.*

(4) *Se levanta y se entra en su cuarto.*

Die. Dile que voy allá... Ah! tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo (2). Conque supongo que mañana tempranito saldremos?

Iren. No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

Die. A eso de las seis. Eh?

Iren. Muy bien.

Die. El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

Iren. Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

Doña Irene. Rita.

Iren. Válgame Dios, ahora que me acuerdo... Rita... Me le habran dejado morir. Rita.

Rita. Señora (3).

Iren. Qué has hecho del tordo? Le diste de comer?

Rita. Sí Señora. Mas ha comido que un avestruz. Abí le puse en la ventana de pasillo.

Iren. Hiciste las camas?

Rita. La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca: por que si no, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garavato, me veo perdida.

Iren. y aquella chica qué hace?

Rit. Está desmenuzando un vizcocho, para dar de cenar a Don Periquito.

Iren. Qué pereza tengo de escribir! (1) pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

Rita. Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos

de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡ Qué poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalame-
ras ! (1)

ESCENA VII.

Calamocha. (2)

Cal. Con qué ha de ser el número tres! Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Colacion de vichos mas abundante, no la tiene el Gabinete de Historia natural... Miedo me da de entrar... Ay! ay! y qué agugetas! Estas sí que son agugetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanescan vivos, no será poco... Rebentados están... (3) Oiga!... seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... Ay! qué desvencijado estoy.

ESCENA VIII.

Rita. Calamocha.

Rit. Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (4) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

Cal. Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

Rit. Gracias, mi alma.

Cal. Calle!.. Rita.

Rit. Calamocha.

Cal. Qué hallazgo es este?

Rit. Y tu amo?

Cal. Los dos acabamos de llegar.

Rit. De veras?

Cal. No que es chanza. Apenas recibí carta de Doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habió, ni cómo lo dispuso; solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas, por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi Teniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

Rit. Conque le tenemos aquí?

Cal. Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

Rit. Qué dices?

Cal. Ni mas ni menos.

Rit. Qué gusto me das!.. Ahora sí se conoce que la tiene amor.

Cal. Amor?... Friolera! el moro Gazul fué para con él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la Doctrina.

Rit. Ay! cuando la Señorita lo sepa!

Cal. Pero, acabemos. Cómo te hallo aquí? Con quién estás? Cuando llegaste? Qué...

Rit. Yo te lo dié. La madre de Doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un

B

(1) Entrase en el cuarto de Doña Francisca.

(2) Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta en el banco.

(3) Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.

(4) Forcejeando para echar la llave.

caballero rico, honrado, bien querido, en suma, cabal y perfecto; que no habia mas que aparecer. Acosada la Señorita con tales propuestas y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita Monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero, no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y el mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es, que cuando pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo: esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros, estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el Mayoral Gasparet, con sus medias azules, y la madre y el novio, que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la Señorita visite á otra tia Monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante, una por una, todas las Religiosas, y creo que mañana tempranoc saldremos. Por esta casualidad nos..

Cal. Sí. No digas mas... Pero... Con que el novio está en la posada?

Rit. Ese es su cuarto (1), este el de la madre, y aquel el nuestro.

Cal. Cómo nuestro? Tuyo y mio?

Rit. No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la Señorita y yo: porque ayer, metidas las tres en ese de enfiente, ni cabiamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

Cal. Bien... A Dios. (2)

Rit. Y adónde?

Cal. Yo me entiendo... Pero el novio trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

Rit. Un criado viene con él.

Cal. Poca cosa!... mira, dile en caridad, que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

Rit. Y volverás presto?

Cal. Se supone. Estas cosas piden diligencia, y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi Teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre y... Conque ese es nuestro cuarto eh?

Rit. Sí. De la Señorita y mio.

Cal. Bribona!

Rit. Botarate! A Dios.

Cal. A Dios, aborrecida (3).

ESCENA IX.

Doña Francisca. Rita.

Rit. Qué malo es... Pero... Valgame Dios! D. Félix aquí! Sí, la quiere, bien se conoce... (4) Oh! por mas que digan, los hay muy finos, y entónces, qué ha de hacer una?...

(1) Señalando el cuarto de D. Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.

(2) Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.

(3) Entrase con los trastos al cuarto de D. Carlos.

(4) Sale Calamocha del cuarto de D. Carlos, y se va por la puerta del foro.

Quererlos : no tiene remedio , que-
rerlos... Pero , qué dirá la Señorita
cuando la vea , que está ciega por
él ? Pobrecita ! Pues no sería una
lástima que... Ella es (1).

Fran. Ay Rita !

Rit. Qué es eso ? Ha llorado usted ?

Fran. Pues no he de llorar ? Si vie-
ras mi madre... Empeñada está en
que he de querer mucho á ese hom-
bre... Si ella supiera lo que sabes
tú , no me mandaría cosas imposi-
bles... Y que es tan bueno , y que
es rico , y que me irá tan bien con
él... Se ha enfadado tanto , y me
ha llamado picarona , inobediente...
Pobre de mí ! Porque no miento ,
ni sé fingir , por eso me llaman pi-
carona.

Rit. Señorita , por Dios , no se aflija
usted.

Fran. Ya , como 'ú no lo has oido...
Y dice que D. Diego se queja de
que yo no le digo nada... Harto le
digo ; y bien he procurado hasta aho-
ra mostrarme contenta delante de él ,
que no lo estoy por cierto , y reir-
me y hablar niñerías... Y todo por
dar gusto á mi madre , que si no...
Pero , bien sabe la Virgen , que no
me sale del corazón.

Rit. Vaya , vamos , que no hay mo-
tivos todavía para tanta angustia...
Quién sabe ! No se acuerda usted
ya de aquel día de asueto que tu-
vimos el año pasado , en la casa de
campo del Intendente ?

Fran. Ay ! cómo puedo olvidarlo?...
Pero , qué me vas á contar ?

Rit. Quiero decir , que aquel Caballe-
ro que vimos allí con aquella cruz
verde , tan galan , tan fino...

Fran. Qué rodeos !... D. Félix. Y qué ?

Rit. Que nos fue acompañando hasta la
Ciudad...

Fran. Y bien... Y luego volvió y

le ví , por mi desgracia , muchas ve-
ces... Mal aconsejada de tí.

Rit. Por qué Señora ?.. A quién dimos
escándalo ? Hasta ahora nadie lo ha
sospechado en el convento. El no
entró jamás por las puertas , y cuan-
do de noche hablaba con usted , me-
diaba entre los dos una distancia tan
grande , que usted le maldijo no
pocas veces... Pero esto no es del
caso. Lo que voy á decir es , que un
amante como aquel , no es posible que
se olvide tan presto de su querida
Paquita... Mire usted que todo cuan-
to hemos leído á hurtadillas en las
novelas , no equivale á lo que he-
mos visto en él... Se acuerda usted
de aquellas tres palmadas que se oían
entre once y doce de la noche ? De
aquella sonora , punteada con tanta
delicadeza y expresion ?

Fran. Ay ! Rita ! Si , de todo me acuer-
do , y mientras viva conservaré la me-
moría... Pero está ausente... Y entre-
tenido acaso con nuevos amores.

Rit. Eso no lo puedo yo creer.

Fran. Es hombre al fin , y todos
ellos...

Rit. Qué bobería ! Desengáñese usted ,
Señorita. Con los hombres y las mu-
geres , sucede lo mismo que con los
melones de Añover. Hay de todo , la
dificultad está en saber escogerlos.
El que se lleve chasco en la elec-
cion , quéjese de su mala suerte ; pe-
ro no desacredite la mercancía... Hay
hombres muy embusteros , muy pi-
carones ; pero no es creíble que lo
sea , el que ha dado pruebas tan re-
petidas de perseverancia y amor. Tres
meses duró el terrero y la conversa-
cion á obscuras , y en todo aquel
tiempo , bien sabe usted que no vi-
mos en él una accion descompuesta ,
ni oímos de su boca una palabra
indecente ni atrevida.

Fran. Es verdad. Por eso le quise tanto: por eso le tengo tan fijo aquí.. aquí... (1) Qué habrá dicho al ver la carta?... Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... Válgate Dios! es lástima! cierto. Pobre Paquita... Y se acabó... No habrá dicho mas... Nada mas.

Rit. No Señora, no ha dicho eso.

Fran. Qué sabes tú?

Rit. Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga.. Pero... (2)

Fran. Adónde vas?

Rit. Quiero ver, si...

Fran. Está escribiendo.

Rit. Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anoecer... Señorita lo que la he dicho á usted es la verdad pura. Don Felix está ya en Alcalá.

Fran. Qué dices? No me engañes.

Rit. Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

Fran. De veras?

Rit. Si señora... Y le ha ido á buscar, para...

Fran. Conque me quiere?... Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero, ves qué fineza?... Si vendrá bueno? Correr tantas leguas, solo por verme... Porque yo se lo mando... Qué agradecida le debo estar!... Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

Rit. Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá bajo, hasta que vuelvan... Veré lo que dice, y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Sa-

tanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

Fran. Dices bien... Pero no, él tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegne le quiero ver.

Rit. No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... Me entiende usted?

Fran. Sí, bien.

Rit. Pues entónces, no hay mas que salir, con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la Señora mayor: la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados y del Obispo que murió en el mar... Ademas que si está allí Don Diego...

Fran. Bien, anda, y así que llegue...

Rit. Al instante.

Fran. Que no te se olvide toser.

Rit. No hay miedo.

Fran. Si vieras qué consolada estoy.

Rit. Sin que usted lo jure lo creo.

Fran. Te acuerdas, cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

Rit. Sí, bien me acuerdo.

Fran. Ah!... Pues mira como me dijo la verdad. (3)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I. (4)

Doña Francisca.

Fran. Nadie parece aun... (5) Qué im-

(1) Señalando al pecho.

(2) Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.

(3) Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene. Rita por la puerta del foro.

(4) Se irá obscureciendo lentamente el teatro hasta que al principio de la tercera escena vuelve á iluminarse.

(5) Acercándose á la puerta del foro y vuelve.

paciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple: que solo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

Doña Irene. Doña Francisca.

Ir. Sola á obscuras me habeis dejado allí.

Fran. Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

Iren. Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (1) Sea todo por Dios... Y Don Diego no ha venido?

Fran. Me parece que no.

Iren. Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este Caballero está sentido y con muchísima razon...

Fran. Bien, si Señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

Iren. No es esto reñirte, hija mia, esto es aconsejarte. Porque, como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge: que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando.. Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel Caribe de Don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los vein-

te y los treinta reales por cada papelillo de pildoras de coluquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... Qué dices?

Fran. Yo nada, mamá.

Iren. Pues, nunca dices nada. Válgame Dios, Señor!... En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

Rita (2) Doña Irene. Doña Francisca.

Iren. Vaya, muger: yo pensé que en toda la noche no venias.

Rit. Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño.

Iren. Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévata la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

Rit. Muy bien. (3)

Fran. No ha venido? (4)

Rit. Vendrá.

Iren. Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dácela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (5) Y tú niña, qué

(1) *Siéntase.*

(2) *Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*

(3) *Toma una luz y hace que se va.*

(4) *Aparte.*

(5) *Vase Rita al cuarto de Doña Irene.*

has de cenar? Porque será menester recogerlos presto, para salir mañana de madrugada.

Fran. Como las Monjas me hicieron merendar...

Iren. Con todo eso siquiera unas sopas del puchero, para el abrigo del estómago... (1) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio día, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

Rit. Y nada más?

Iren. No, nada más... Ah! y házme-las bien caldositas.

Rit. Si, ya lo sé.

Iren. Rita.

Rit. Otra. Qué manda usted?

Iren. Encarga mucho al mozo, que lleve la carta al instante... Pero, no Señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo. Lo entiendes?

Rit. Si Señora.

Iren. Ah! mira.

Rit. Otra.

Iren. Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga, y se me lastime... (2) Qué noche tan mala me dió!... Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oracion del Santo Sudario!.. Ello por otra parte edificaba, cierto; pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

Doña Irene. Doña Francisca.

Iren. Pues mucho será que Don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierito que es un Señor muy mirado, muy puntual... Tan buen cristiano! Tan atento! Tan bien hablado! Y con qué garbo y generosidad se porta!.. Ya se vé, un sugeto de bienes y de posibles... Y qué casa tiene! Como una ascua de oro la tiene. Es mucho aquello. Qué ropa blanca! Qué batería de cocina! Y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero, tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

Fran. Si Señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

Iren. Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua; pajaritas del aire, que apetecieras, las tendrías: porque como el te quiere tanto, y es un Caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras, el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... Pero no es cosa particular, Señor!

Fran. Mamá, no se enfade usted.

Iren. No es buen empeño de... Y te parece á tí que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?.. No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... Perdóname Dios.

Fran. Pero... Pues qué sabe usted?

Iren. Me quieres engañar á mí, eh? Ay! hija!.. He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion, para que tú me engañes.

(1) Sale Rita con una carta en la mano y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.

(2) Vase Rita por la puerta del foro.

Doña Fr. Perdida soy (1).

Doña Ir. Sin contar con su madre...

Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... Mire usted qué juicio de niña este! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya te la puso en la cabeza de ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni que... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirle, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo usted si no lo sabe.

Fr. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

Doña Ir. Sí, que no sé yo...

Doña Fr. No señora. Créame usted.

La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Doña Ir. Mira si es cierto lo que dices.

Doña Fr. Si señora; que yo no sé mentir.

Doña Ir. Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás, si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ella.

Doña Fr. Pobre de mí! (2)

ESCENA V.

Don Diego. (3) *Doña Irene.* *Doña Francisca.*

Iren. Pues, cómo tan tarde?

Dieg. Apenas salí, tropecé con el Padre Guardian de San Diego y el Doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar... (4) Y á todo esto, cómo va?

Iren. Muy bien.

Dieg. Y Doña Paquita?

Iren. Doña Paquita, siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo, que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

Die. Qué diantre! Conque tanto se acuerda de...

Iren. Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren ni lo que aborrecen... En una edad, así, tan...

Dieg. No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (5) Pero, de veras Doña Paquita, se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.

Iren. Pero, si ella no...

Dieg. Déjela usted, Señora, que ella responderá.

Franc. Bien sabe usted lo que acabo de decirle... No permita Dios que yo la dé que sentir.

Dieg. Pero eso lo dice usted tan afligida y...

Iren. Si es natural, Señor. No ve usted que...

Dieg. Calle usted por Dios, Doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural.

(1) *Aparte.*

(2) *Aparte.*

(3) *Sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*

(4) *Siéntase junto á doña Irene.*

(5) *Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*

es: que la chica esté llena de miedo y no se atreva á decir una palabra, que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

Fran. No Señor, lo que dice su merced eso digo yo. Lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

Die. Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; pero mandar!... Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?.. Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?.. Cuántas veces una desdichada muger halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tío se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no queria?... Eh! No Señor, eso no va bien... Mire usted Doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad, son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creído imposible, que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme, con aquel amor tranquilo y constante, que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia, de estas que viven en una decente libertad... Decente: que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero, cuál sería entre todas ellas, la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante, mas apeteçible que yo? Y en Madrid, figúre-

se usted en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

Iren. Y puede usted creer, Señor Don Diego, que...

Die. Voy á acabar, Señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted, las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero, si á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiese hecho elegir sugeto mas digno: sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo: mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon: créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

Iren. Puedo hablar ya, Señor?

Die. Ella, ella debe hablar: y sin apuntador, y sin intérprete.

Iren. Cuando yo se lo mande.

Die. Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella le toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

Iren. Yo creo, Señor Don Diego, que ni con ella ni conmigo. En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la

quiere muchísimo , y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está , y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

Dieg. Y bien, Señora, qué escribió el padrino?... O por mejor decir: qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Iren. Si Señor que tiene que ver, si Señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió, sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningún catedrático, ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada; con un empleillo infeliz en el ramo del viento; que apenas le da para comer... Pero, es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

Dieg. Pero, Señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

Iren. Pues no quiere usted que me disguste, oyéndole hablar de mi hija en unos términos, que... Ella otros amores, ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... Valgame Dios!.. La mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid, cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento, al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice y...

Dieg. Yo, Señora, estoy mas tranquilo que usted.

Iren. Respóndele.

Fran. Yo no sé que decir. Si ustedes se enfadan.

Die. No, hija mia. Esto es dar alguna expresion á lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la esimo.

Iren. Si Señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

Die. No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

Iren. Pues no ha de estarlo?... Responde.

Fran. Si Señor que lo estoy.

Die. Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

Iren. No señor, todo al contrario.. Boda mas á gusto de todos, no se pudiera imaginar.

Die. En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada, y espero que á fuerza de beneficios, he de merecer su estimacion y su amistad.

Fran. Gracias, Sr. D. Diego... A una huérfana, pobre, desvalida como yo!

Die. Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

Iren. Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

Fran. Mamá. (1)

Iren. Ves lo que te quiero?

Fran. Si Señora.

Iren. Y cuánto procuro tu bien? Que no tengo otro pio, sino el de verte colocada, antes que yo falte!

Fran. Bien lo conozco.

Iren. Hija de mi vida!.. Has de ser buena?

Fran. Si Señora.

C

(1) Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.



Iren. Ay! qué no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Fran. Pues qué? no la quiero yo á usted?

Die. Vamos, vamos de aquí: (1) No venga alguno y nos halle á los tres, llorando como tres chiquillos.

Iren. Si, dice usted bien. (2)

ESCENA VI.

Rita. Doña Francisca.

Rit. Señorita... Eh! chit... Señorita.

Fran. Qué quieres?

Rit. Ya ha venido.

Fran. Cómo?

Rit. Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

Fran. Ay! Dios!... Y qué debo hacer?

Rit. Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es, no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto.. y juicio... Y mire usted que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

Fran. Sí... El es.

Rita. Voy á cuidar de aquella gente... Valor, Señorita y resolucion. (3)

Fran. No, no, que yo tambien... Pero, no lo merece.

ESCENA VII.

Don Carlos. (4) *Doña Francisca.*

Carl. Paquita... Vida mia! Ya estoy aquí.. Cómo va, hermosa, có-

mo va?

Fran. Bien venido.

Carl. Cómo tan triste?... No merece mi llegada mas alegría?

Fran. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas, que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

Carl. En dónde?

Fran. Ahí en ese cuarto. (5)

Carl. Sola?

Fran. No Señor.

Carl. Estará en compañía del prometido esposo. (6) Mejor... Pero, no hay nadie mas con ella?

Fran. Nadie mas: solos estan... Qué piensa usted hacer?

Carl. Si me dejase llevar de mi passion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero, tiempo hay... El tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle, porque quiere bien á una muger, tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted, ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

Fran. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

Carl. No importa.

Fran. Quiere que esta boda se celebre, así que llegemos á Madrid.

Carl. Cuál?... No. Eso no.

Fran. Los dos están de acuerdo, y dicen...

Carl. Bien... Dirán... Pero, no puede ser.

(1) *Levántase D. Diego y despues doña Irene.*

(2) *Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras, y Rita que sale por la puerta del foro, la hace detener.*

(3) *Rita se va al cuarto de doña Irene.*

(4) *Sale por la puerta del foro.*

(5) *Señalando al cuarto de doña Irene.*

(6) *Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene, y vuelve.*

Fran. Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor.. El insta por su parte : me ofrece tantas cosas, me...

Carl. Y usted qué esperanza le da?... Ha prometido quererlo mucho?

Fran. Ingrato !.. Pues no sabe usted que... Ingrato!

Carl. Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Fran. Y el último.

Carl. Y antes perderé la vida, que renunciar el lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... Digo bien ? (1)

Fran. Pues de quién ha de ser?

Carl. Hermosa ! Qué dulce esperanza me anima !.. Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin : ya estoy aquí. Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación, mil y mil veces prometida ? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien, mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato, ni mas querido que yo : es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiría felicidad á nuestra union.

Fran. Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo ?

Carl. Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Fran. Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

Carl. Ni hay otra... Pero usted de-

be serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

Fran. Y qué se ha de hacer, para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre ?.. Me quiere tanto !.. Si acabo de decirle que no la disgustaré ; ni me apartaré de su lado jamas : que siempre seré obediente y buena... Y me abrazaba con tanta ternura ! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirle... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

Carl. Yo le buscaré... No tiene usted confianza en mí ?

Fran. Pues no he de tenerla ?.. Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase ? Solo y desconocida de todo el mundo, qué habia yo de hacer ? Si usted no hubiese venido, mis melancolias me hubieran muerto : sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como Caballero y amante ; y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (2)

Carl. Qué llanto !... Cómo persuade !.. Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, quién puede oponérsele ? Nada hay que temer.

Fran. Es posible ?

Carl. Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo el brazo de la muerte bastará á dividir- las.

ESCENA VIII.

Rita. D. Carlos. Doña Francisca.

Rit. Señorita, adentro. La mamá pre-

(1) *Asiéndola de las manos.*

(2) *Se enternece y llora.*

gunta por usted. Voy à traer la cena; y se van à recoger al instante... Y usted Señor galán, ya puede también disponer de su persona.

Carl. Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Fran. Ni yo.

Car. Hasta mañana... Con la luz del día veremos à ese dichoso competidor.

Rit. Un Caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquin. (1)

Fran. Hasta mañana.

Car. A Dios, Paquita.

Fran. Acuéstese usted y descance.

Car. Descansar, con zelos?

Fran. De quién?

Car. Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

Fran. Dormir con amor?

Car. A Dios, vida mia.

Fran. A Dios. (2)

ESCENA IX.

Don Cárlos. Calamocha. Rita.

Car. Quitármela!.... (3) No.... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnándolo su hija.. Median-do yo... Sesenta años!.. Precisamente será muy rico... El dinero!.. Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

(1) *Se va por la puerta del foro.*

(2) *Entrase al cuarto de doña Irene.*

(3) *Paseándose con inquietud.*

(4) *Sale Calamocha por la puerta del foro.*

(5) *Sale Rita por la puerta del foro con unos platos, tazas, cucharas y servilletas.*

(6) *Entrase al cuarto de Doña Irene.*

(7) *Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á D. Cárlos, y hablan aparte hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*

Cal. Pues, Señor, (4) tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos, parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapeles, ni otra materia extraña: bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Conque si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno.

Carl. Vamos... Y à dónde ha de ser?

Cal. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de Herrador.

Rit. Quién quiere sopas? (5)

Carl. Buen provecho.

Cal. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

Rit. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero, lo agradece, Señor militar. (6)

Cal. Agradecida te quiero, niña de mis ojos.

Carl. Conque, vamos?

Cal. Ay! ay! ay!.. (7) Eh! chit, digo...

Carl. Qué?

Cal. No ve usted lo que viene por allí?

Carl. Es Simon?

Cal. El mismo... Pero, quién diablos le...

Carl. Y qué haremos?

Cal. Qué sé yo?.. Sonsacarle, mentir y... Me da usted licencia para que..

Carl. Sí, miente lo que quieras... A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

Simon. (1) *Don Carlos. Calamocha.*

Cal. Simon, tú por aquí.

Sim. A Dios, Calamocha. Cómo va?

Cal. Lindamente.

Sim. Cuánto me alegro...

Carl. Hombre? tú en Alcalá? Pues qué novedad es esta?

Sim. Oh! que estaba usted ahí, Señorito... Voto va sanes!

Carl. Y mi tío?

Sim. Tan bueno.

Cal. Pero se ha quedado en Madrid, ó...

Sim. Quién me había de decir á mí... Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... Conque usted irá á ver al tío, eh?

Cal. Tú habrás venido con algun encargo del amo.

Sim. Y qué calor traje y qué polvo por ese camino! Ya, ya!

Cal. Alguna cobranza tal vez. Eh?

Carl. Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... No has venido á eso?

Sim. Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco, no le hay en toda la campiña... Conque usted viene ahora de Zaragoza?

Carl. Pues... Figúrate tú.

Sim. O va usted allá?

Carl. Adónde?

Sim. A Zaragoza. No está allí el Regimiento?

Cal. Pero, hombre, si salimos el ve-

rano pasado de Madrid, no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

Sim. Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser en camino muy malo.

Cal. Maldito (2) seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.

Carl. Pero aun no me has dicho, si mi tío está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, tú...

Sim. Bien, á eso voy... Sí Señor, voy á decir á usted... Conque... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

D. Diego. D. Carlos. Simon. Calamocha.

Die. No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. (3)

Carl. Mi tío!.

Die. Simon. (4)

Sim. Aquí estoy, Señor.

Carl. Todo se ha perdido!

Die. Vamos... Pero... Quién es?

Sim. Un amigo de usted, Señor.

Carl. Yo estoy muerto!

Die. Cómo, un amigo?... Qué?

Acerca esa luz.

Carl. Tío! (5)

Die. Quitate de ahí.

Carl. Señor...

Die. Quitate... No sé como no le... Qué haces aquí?

Carl. Si usted se altera y...

Die. Qué haces aquí?

(1) *Sale por la puerta del foro.*

(2) *Aparte, separándose de Simon.*

(3) *Desde adentro. D. Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.*

(4) *Sale D. Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo: repara en D. Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*

(5) *En ademán de besar la mano á D. Diego, que le aparta de sí con enojo.*

Carl. Mi desgracia me ha traído.

Die. Siempre dándome que sentir, siempre !... Pero... (1) Qué dices ?... De veras , ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... Qué te sucede ?.. Por qué estás aquí ?

Carl. Porque le tiene á usted ley , y le quiere bien y...

Die. A tí no te pregunto nada... Por qué has venido de Zaragoza, sin que yo lo sepa ?... Por qué te asusta el verme ?... Algo has hecho : sí, alguna locura has hecho , que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

Carl. No , Señor : que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

Die. Pues á qué veniste ? Es desafío ? son deudas ? Es algun disgusto con tus gefes ?... Sácame de esta inquietud , Cárlos... Hijo mio , sácame de este afán.

Carl. Si todo ello no es mas que...

Die. Ya he dicho que calles... Ven acá. (2) Dime qué ha sido ?

Carl. Una ligereza , una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy , considerando la pesadumbre que le ha dado el verme.

Die. Y qué otra cosa hay ?

Carl. Nada mas , Señor.

Die. Pues qué desgracia era aquella, de que me hablaste ?

Carl. Ninguna. La de hallarle á usted en este parage... Y haberle disgustado tanto , cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid , estar en su compañía algunas semanas , y volverme contento de haberle visto.

Die. No hay mas ?

Carl. No Señor.

Die. Mítalo bien.

Carl. No Señor... A eso venia. No hay nada mas.

Die. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No Señor... Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje y abandone de ese modo sus banderas ?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho , á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

Carl. Considere usted , tío , que estamos en tiempo de paz : que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto , como en otras plazas , en que no se permite descanso á la guarnicion... Y , en fin , puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores : que yo tambien miro por mi estimacion , y que cuando me he venido , estoy seguro de que no hago falta.

Die. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El Rey le tiene allí para que los instruya , los proteja y les dé ejemplos de subordinacion , de valor y de virtud.

Carl. Bien está , pero ya he dicho los motivos...

Die. Todos estos motivos no valen nada... Porque le dió la gana de ver al tío !... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho dias ; sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero , (3) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

Carl. Señor , si...

(1) Acercándose á D. Cárlos.

(2) Asiendo de una mano á D. Cárlos , se aparta con él á un extremo del teatro , y le habla en voz baja.

L.(3) Alza la voz , y se pasea inquieto.

Die. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

Cal. Es que los caballos no están ahora para correr... Ni pueden moverse.

Die. Pues con ellos (1) y con las malletas, al meson de afuera... Usted (2) no ha de dormir aquí... Vamos, (3) tú buena pieza, menéate. Abajo con todo... Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú... (4) Qué dinero tienes ahí?...

Sim. Tendré unas cuatro ó seis onzas. (5)

Die. Dámelas acá... Vamos, qué haces?... (6) No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (7) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí, hasta que se hayan ido. (8).

ESCENA XII.

Don Diego. Don Carlos.

Die. Tome usted. (9) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y

en obrando tú según corresponde, seré tu amigo, como lo he sido hasta aquí.

Carl. Ya lo sé.

Die. Pues bien, ahora obedece lo que te mando.

Carl. Lo haré sin falta.

Die. Al meson de afuera. (10) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto, ni entres en la ciudad... Cuidado... Y á eso de las tres ó las cuatro, marchar. Mira que yo he da saber á la hora que sales. Lo entiendes?...

Carl. Si Señor.

Die. Mira que lo has de hacer.

Carl. Si Señor: haré lo que usted manda.

Die. Muy bien... A Dios. Todo te lo perdono... Vete con Dios.. Y yo sabré también cuándo llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

Carl. Pues qué hice yo?

Die. Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, qué mas quieres?... No es tiempo ahora de tratar de eso... Vete.

Carl. Quede usted con Dios. (11)

Die. Sin besar la mano á su tío. Eh?

Carl. No me atreví. (12)

Die. Y dame un abrazo: por si no nos volvemos á ver.

(1) *A Calamocha.*

(2) *A Don Carlos.*

(3) *A Calamocha.*

(4) *A Simon.*

(5) *Saca del bolsillo unas monedas, y se las da á D. Diego.*

(6) *A Calamocha.*

(7) *A Simon.*

(8) *Los dos criados entran en el cuarto de D. Carlos.*

(9) *Le da el dinero.*

(10) *A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de D. Carlos, y se van por la puerta del foro.*

(11) *Hace que se va, y vuelve.*

(12) *Besa la mano á D. Diego y se abrazan.*

Carl. Qué dice usted? no lo permita Dios.

Die. Quién sabe, hijo mío... Tienes algunas deudas? Te falta algo?

Carl. No Señor, ahora no.

Die. Mucho es: porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien: yo escribiré al Señor Aznar para que te dé cien doblones, de orden mía. Y mira cómo lo gastas... Juegas?

Carl. No Señor, en mi vida.

Die. Cuidado con eso... Conque buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... Vas contento?

Carl. No Señor Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

Die. No se hable ya de lo pasado... A Dios.

Carl. Queda usted enojado conmigo?

Die. No, no por cierto... Me disgusté bastante; pero ya se acabó... No me des que sentir. (1) Portarse como hombre de bien.

Carl. No lo dude usted.

Die. Como oficial de honor.

Carl. Así lo prometo

Die. A Dios, Cárlos. (2)

Carl. Y la dejo!... (3) y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

Don Diego.

Die. Demasiado bien se ha dispuesto...

Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribirselo, que....

(1) *Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*

(2) *Abrazanse.*

(3) *Aparte. al irse por la puerta del foro.*

(4) *Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.*

(5) *Salen del cuarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*

(6) *Encaminándose al cuarto de Doña Irene.*

Después de hecho no importa nada...

Pero siempre aquel respeto al tío...

Como una malva es... (4)

ESCENA XIV.

Doña Francisca. Rita. (5)

Rit. Mucho silencio hay por aquí.

Fran. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

Rit. Precisamente.

Fran. Un camino tan largo!

Rit. A lo que obliga el amor, Señorital

Fran. Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo qué no hiciera por él?

Rit. Y, deje usted, que no ha de ser el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entónces será ella.. El pobre Don Diego, qué chasco se va á llevar, y por otra parte, vea usted qué Señor tan bueno, que cierto da lástima...

Fran. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero, ya es otro tiempo, Rita. D. Félix ha venido, y ya no, no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeras.

Rit. Ay! ahora me acuerdo... Pues piquito me lo encargó... Ya se vé, si con estos amores tengo ya tambien la cabeza... Voy por él. (6)

Fran. A qué vas?

Rit. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

Fran. Sí, traele: no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

Rit. Sí, mire usted el estrépito de caballerías, que anda por allá bajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina, que...

Fran. Te puedes llevar la luz.

Rit. No es menester, que ya sé donde está. (1)

ESCENA XV.

Simon. (2) *Doña Francisca.*

Fran. Yo pensé que estaban ustedes acostados.

Sim. El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Fran. Qué gente nueva ha llegado ahora?

Sim. Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

Fran. Los arrieros?

Sim. No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Fran. Quiénes dice usted que son?

Sim. Un oficial de caballería y su asistente.

Fran. Y estaban aquí?

Sim. Sí Señora: ahí en ese cuarto.

Fran. No los he visto.

Sim. Parece que llegaron esta tarde y..
A la cuenta habrán despachado ya la

comision que traían... Conque se han ido... Buenas noches, Señorita. (3)

ESCENA XVI.

Doña Francisca. Rita.

Fran. Dios mio de mi alma! Qué es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada! (4)

Rit. Señorita, yo vengo muerta. (5)

Fran. Ay! que es cierto!. Tú lo sabes tambien?

Rit. Deje usted, que todavía no creo lo que he visto. Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... Pero cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Fran. Y eran ellos?

Rit. Sí Señora. Los dos.

Fran. Pero se han ido de la Ciudad?

Rit. Si no los he perdido de vista, hasta que salieron por la Puerta de Martires... Como está un paso de aquí.

Fran. Y es ese el camino de Aragon?

Rit. Ese es.

Fran. Indigno!. Hombre indigno!

Rit. Señorita...

Fran. En qué te ha ofendido esta infeliz?

Rit. Yo estoy temblando toda.. Pero.. Si es incomprendible... Si no alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Fran. Pues no le quise mas que á mi vida? No me he visto loca de amor?

Rit. No sé qué decir, al considerar una accion tan infame.

Fran. Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de

D

(1) Vase al cuarto de doña Irene.

(2) Sale por la puerta del foro.

(3) Vase al cuarto de Don Diego.

(4) Siéntase en una silla inmediata á la mesa.

(5) Saca la jaula del toro y la deja encima de la mesa, abre la puerta del cuarto de D. Carlos y vuelve.



bien... Y vino para esto? ... Para engañarme, para abandonarme así! (1)

Rit. Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... Por qué ha de tener zelos?... Y aun eso mismo, debería enamorarle mas... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Fran. Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rit. Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

Fran. Sí, vámonos... Vamos á llorar... Y en qué situacion me deja... Pero, ves qué malvado?

Rit. Sí Señora, ya lo conozco.

Fr. Qué bien supo fingid. Y con quién? Conmigo... Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... Mereció mi cariño, este galardón?... Dios de mi vida! Cuál es mi delito? cuál es? (2)

ACTO TERCERO.

ESCENA I. (3)

Don Diego. Simon.

Die. Aquí, á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella, no sé... Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño, hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (4) Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

Sim. Qué estaba usted ahí, Señor?

Die. Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

Sim. Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

Die. Mala comparacion!.. Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

Sim. En efecto, dice usted bien... Y qué hora será ya?

Die. Poco ha que sonó el relox de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

Sim. Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

Die. Si, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

Sim. Pero, si usted viera qué apesadumbrado le dejé, qué triste!

Die. Ha sido preciso.

Sim. Ya lo conozco.

Die. No ves qué venida tan intempestiva? y...

Sim. Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante. Eh?

Die. No, qué! No Señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando (5) se fué me

(1) *Levántase, y Rita la sostiene.*

(2) *Rita coge la luz y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*

(3) *Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale D. Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*

(4) *Simon despierta, y al oír á D. Diego se incorpora y se levanta.*

(5) *Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*

ESCENA II.

quedó un ansia en el corazon... Qué ha sonado ?

Sim. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

Die. Calla.

Sim. Vaya , música tenemos , según parece.

Die. Sí , como lo hagan bien.

Sim. Y quién será el amante infeliz que se viene á gorgear á estas horas , en ese callejon tan puercos ?.. Apostaré que son amores con la moza de la posada , que parece un mico.

Die. Puede ser.

Sim. Ya empiezan , oigamos (1)... Pues dígoles á usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

Die. No : no hay barbero que sepa hacer eso por muy bien que afseite.

Sim. Quiere usted que nos asomemos un poco , á ver...

Die. No , dejarlos... Pobre gente! Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música... (2) No gusto yo de incomodar á nadie.

Sim. Señor... Eh! Presto , aquí á un ladito.

Die. Qué quieres ?

Sim. Que han abierto la puerta de esa alcoba , y huele á faldas que trasciende.

Die. Sí ?.. Retirémonos.

Doña Francisca. Rita. Don Diego. Simon.

Rit. Con tiento , Señorita.

Fran. Siguiendo la pared , no voy bien ? (3)

Rit. Sí Señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

Fran. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

Rit. Pues no ha de ser ?... La seña no puede mentir.

Fran. Calla (4)... Sí , él es , Dios mio !... (5) , responde... Albricias corazon. El es.

Sim. Ha oido usted ?

Die. Sí.

Sim. Qué querrá decir esto ?

Die. Calla.

Fran. Yo soy (6)... Y qué había de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... Qué fuga es esta ?.. Rita , (7) amiga , por Dios , ten cuidado , y si oyeres algun rumor , al instante avísame.... Para siempre ? Triste de mí !... Bien está , tírela usted... Pero yo no acabo de entender... Ay ! D. Felix , nunca le he visto á usted tan tímido... (8) No , no la ha cogido , pero aquí está sin duda... Y no he de saber yo , hasta que llegue el dia , los motivos que

D 2

(1) Tocan una sonata desde adentro.

(2) Sale de su cuarto doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. D. Diego y Simon se retiran á un lado y observan.

(3) Vuelven á probar el instrumento.

(4) Repiten desde adentro la sonata anterior.

(5) Acércase Rita á la ventana , abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.

(6) Doña Francisca se asoma á la ventana : Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones , mas ó menos largas que deben hacerse.

(7) Apartándose de la ventana y vuelve despues.

(8) Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla , y no hallándola vuelve á asomarse

tiene usted para dejarme muriendo?..
Sí, yo quiero saberlo de su boca
de usted. Su Paquita de usted se lo
manda... Y cómo le parece á usted
que estará el mio?.. No me cabe en
el pecho... Diga usted. (1)

Rit. Señorita, vamos de aquí... Pres-
to, que hay gente.

Fran. Infeliz de mí!.. Guíame.

Rit. Vamos... (2) Ay!

Fran. Muerta voy!

ESCENA III.

D. Diego. Simon.

Die. Qué grito fué ese?

Sim. Una de las fantasmas, que al re-
tirarse, tropezó conmigo.

Die. Acércate á esa ventana, y mi-
ra si hallas en el suelo un papel...
Buenos estamos!

Si * No encuentro nada, Señor. (3)

Die. Búscales bien, que por ahí ha de
estar.

Sim. Le tiraron desde la calle?

Die. Sí... Qué amante es este?.. Y
diez y seis años y criada en un con-
vento! Acabó ya toda mi ilusión.

Sim. Aquí está. (4)

Die. Vete abajo y enciende una luz...
En la caballeriza, ó en la cocina...
Por ahí habrá algún farol... Y vuel-
ve con ella al instante. (5)

ESCENA IV.

Don Diego.

Die. Y á quién debo culpar? Es (6)
ella la delincuente, ó su madre, ó
sus tias, ó yo?... Sobre quién... So-
bre quién ha de caer esta cólera,
que por mas que lo procuro, no la sé
reprimir? La naturaleza la hizo tan
amable á mis ojos?... Qué esperanzas
tan halagüeñas concebí! Qué felici-
dades me prometia!.. Zelo!.. Yo! En
qué edad tengo zelos!.. Vergüenza
es... Pero esta inquietud que yo sien-
to; esta indignacion, estos deseos de
venganza de qué provienen? Cómo
he de llamarlos?... Otra vez parece
que... (7) Sí.

ESCENA V.

Rita. Don Diego. Simon.

Rit. Ya se han ido... (8) Válgame
Dios!.. El papel estará muy bien es-
crito; pero el Señor D. Félix es un
grandísimo picaron... Pobrecita de mí
alma!.. Se muere sin remedio... Na-
da, ni perros parecen por la calle...
Ojalá no los hubiéramos conocido!..
Y este maldito papel... Pues buena
la hicéramos, si no pareciese... Qué
dirá?... Mentiras, mentiras y todo
mentira.

(1) *Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*

(2) *Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresurada-
mente al cuarto de doña Francisca.*

(3) *Tentando por el suelo cerca de la ventana.*

(4) *Halla la carta y se la da á don Diego.*

(5) *Vase Simon por la puerta del foro.*

(6) *Apoándose en el respaldo de una silla.*

(7) *Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Fran-
cisca, se retira á un extremo del teatro.*

(8) *Rita observa y escucha, asómase despues á la ventana y busca la
carta por el suelo.*

Sim. Ya tenemos luz. (1)

Rit. Perdida soy!

Die. Rita! Pues tú aquí? (2)

Rit. Sí Señor, porque...

Die. Qué buscas á estas horas?

Rit. Buscaba... Yo le diré á usted...

Porque oímos un ruido muy grande...

Sim. Sí, eh?

Rit. Cierto... Un ruido y... Y mire (3)

usted, éra la jaula del tordo.. Pues, la jaula era, no tiene duda... Valgáte Dios! Si se habrá muerto?...

No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido... Pobrecito.

Sim. Sí, algún gato.

Rit. Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

Sim. Y con mucha razon... No te parece si le hubiera pillado el gato...

Rit. Se le hubiera comido. (4)

Sim. Y sin pobre... Ni plumas hubiera dejado.

Die. Tráeme esa luz.

Rit. Ah! Deje usted encenderemos esta, (5) que ya lo que no se ha dormido...

Die. Y Doña Paquita duerme?

Rit. Sí Señor.

Sim. Pues mucho es que con el ruido del tordo...

Die. Vamos. (6)

ESCENA VI.

Doña Francisca. Rita.

Fran. Ha parecido el papel?

Rit. No Señora.

(1) *Sale con luz. Rita se sorprende.*

(2) *Acercándose.*

(3) *Alza la jaula que está en el suelo.*

(4) *Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*

(5) *Enciende la vela que está sobre la mesa.*

(6) *D. Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*

(7) *Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*

(8) *Siéntase.*

Fran. Y estaban aquí los dos, cuando tú saliste?

Rit. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles. (7)

Fran. Ellos eran sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... Y ese papel?

Rit. Yo no le encuentro, Señorita.

Fr. Le tenderán ellos: no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha. No les busques. Ellos le tienen.

Rit. A lo menos por aquí...

Fran. Yo estoy loca! (8)

Rit. Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

Fr. Cuando iba á hacerlo me avisaste y fué preciso retirarnos... Pero, sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba! Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse: que la habia escrito para dejársela á persona fiel, que la pusiera en mis manos; suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños Rita, de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y decía: pues yo para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... Hay tantas mugeres!.. Cáscela... Yo nada pierdo. Primero es mi tranquilidad, que la vida de esa infeliz... Dios mio, perdon!... Perdon de haberle querido tanto!

Rit. Ay! Señorita (1) que parece que salen ya.

Fran. No importa : déjame.

Rit. Pero si Don Diego la ve á usted de esa manera.

Fran. Si todo se ha perdido ya , qué puedo temer?.. Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?.. Que vengan : nada importa.

ESCENA VII.

*D. Diego. Simon. Doña Francisca.
Rita.*

Sim. Voy enterado: no es menester mas.

Die. Mira, y haz que ensilien inmediatamente al Moro , mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo , y en una buena carrera que des , los alcanzas.... Las dos aquí , eh?... Conque , vete , no se pierda tiempo. (2)

Sim. Voy allá.

Die. Mucho se madruga, doña Paquita.

Fran. Sí Señor.

Die. Ha llamado ya doña Irene?

Fran. No señor... Mejor es que vayas allá , por si ha despertado y se quiere vestir. (3)

ESCENA VIII.

Don Diego. Doña Francisca.

Die. Usted no habrá dormido bien esta noche.

Fran. No Señor. Y usted?

Die. Tampoco.

Fran. Ha hecho demasiado calor.

Die. Está usted desazonada?

Fran. Alguna cosa.

Die. Qué siente usted? (4)

Fran. No es nada... Así un poco de... Nada... No tengo nada.

Die. Algo será : porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... Qué tiene usted , Paquita? No sabe usted que la quiero tanto?

Fran. Sí Señor.

Die. Pues por qué no hace usted mas confianza de mí? Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Fran. Ya lo sé.

Die. Pues cómo sabiendo que tiene usted un amigo , no desahoga con él su corazón?

Fran. Porque eso mismo me obliga á callar.

Die. Eso quiere decir , que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

Fran. No Señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

Die. Pues de quién, hija mia?... Ven-ga usted acá... (5) Hablemos , si- quiera una vez , sin rodeos ni disimulacion... Dígame usted, no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? Cuánto va , que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion , no se casaría conmigo?

Fran. Ni con otro.

Die. Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo? Qué le quiera bien ; y que la corresponda como usted merece?

Fran. No Señor , no Señor.

Die. Mírelo usted bien.

Fran. No le digo á usted que no?

(1) Mirando hácia el cuarto de D. Diego.

(2) Despues de hablar los dos inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.

(3) Rita se va al cuarto de doña Irene.

(4) Siéntase junto á doña Francisca.

(5) Acércase mas.

Die. Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

Fran. Tampoco, no Señor... Nunca he pensado así.

Die. No tengo empeño de saber mas... Pero, de todo lo que acabo de oír, resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro; ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues qué llanto es ese? De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? Sin estas las señales de quererme exclusivamente á mí? De casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? Se anuncian así la alegría y el amor? (1)

Fran. Y qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

Die. Pues, qué? Si yo prescindo de estas consideraciones: si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

Fran. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

Die. Y después, Paquita?

Fran. Después... Y mientras me dure la vida, será mujer de bien.

Die. Eso lo no puedo yo dudar... Pero, si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? No he de lograr que usted me diga la causa de su do-

lor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad; sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

Fran. Dichas para mí?... Ya se acabaron.

Die. Por qué?

Fran. Nunca diré por qué.

Die. Pero, qué obstinado, qué imprudente silencio!.. Cuando usted misma debe presumir, que no estoy ignorante de lo que hay.

Fran. Si usted lo ignora, Señor Don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

Die. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias; hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

Fran. Y daré gusto á mi madre.

Die. Y vivirá usted infeliz.

Fran. Ya lo sé.

Die. Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes, con una pérdida disimulación. Las juzgan honestas, luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones; ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar cuando se lo manden, un sí, perjurio, sacrilegio, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas: y

(1) *Vase iluminando lentamente el teatro, suponiendo que viene la luz del día.*

se llama excelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Fran. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aficcion es mucho mas grande.

Die. Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

Fran. Dios mio!

Die. Sí, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí.. No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras de gracias son tan grandes, como la imaginacion las pinta... Mire usted que desórden este! Qué agitacion! Qué lágrimas! Vaya, me da usted palabra de presentarse, así... Con cierta serenidad y... Eh?

Fran. Y usted Señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, á quién he de volver los ojos? Quién tendrá compasion de esta desdichada?

Die. Su buen amigo de usted.. Yo... Cómo es posible que yo la abandonase... Criatura! En la situacion dolorosa en que la veo? (1)

Fran. De veras?

Die. Mal conoce usted mi corazon.

Fran. Bien le conozco. (2)

Die. Qué hace usted, niña?

Fran. Yo no sé.. Qué poco mereces toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!. No, ingrata, no, infeliz... Ay! qué infeliz soy, Señor Don Diego!

Die. Yo bien sé que usted agrade-

ce, como puede, el amor que la tengo. Lo demas todo ha sido... Qué se yo?.. Una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente!.. Usted no ha tenido la culpa.

Fran. Vamos... No viene usted?

Die. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

Fran. Vaya usted presto. (3)

Die. Sí, presto iré.

ESCENA IX.

Simon. Don Diego.

Sim. Ahí están, Señor.

Die. Qué dices?

Sim. Cuando yo salia de la puerta, los ví á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al Señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas y está abajo. Le encargué que no subiera, hasta que le avisara yo: por si acaso habia gente aqui, y usted no queria que le viesen.

Die. Y qué dijo, cuando le diste el recado?

Sim. Ni una sola palabra.. Muerto viene... Ya digo, ni una palabra... A mí me ha dado compasion el verle, así tan..

Die. No me empieces ya á interceder por él.

Sim. Yo, Señor?

Die. Sí, que no te entiendo yo... Compasion!.. Es un pícaro.

Sim. Como yo no sé lo que ha hecho...

Die. Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

(1) *Asiéndola de las manos.*

(2) *Quiere arrodillarse, don Diego se lo estorba y ambos se levantan.*

(3) *Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.*

Sim. Bien está, Señor. (1)

Die. Dile que suba.

ESCENA X.

Don Carlos. Don Diego.

Die. Venga usted acá, Señorito, venga usted... En donde has estado desde que no nos vemos?

Carl. En el meson de afuera.

Die. Y no has salido de allí en toda la noche. Eh?

Carl. Si Señor, entré en la ciudad y...

Die. A qué? Siéntese usted.

Carl. Tenia precision de hablar con un sugeto... (2)

Die. Precision!

Carl. Si Señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza, sin estar primero con él.

Die. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por mesio... Pero, venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... Por qué no le escribi te un papel?... Mira aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado, en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

Carl. Pues (3) si todo lo sabe usted, para qué me llama? Por qué no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaramos contentos?

Die. Quiere su tio de usted saber lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

Carl. Para qué saber mas?

Die. Porque yo lo quiero y lo mando. Oiga!

Carl. Bien está.

Die. Siéntate ahí... (4) En dónde has conocido á esta niña?... Qué amor es este? Qué circunstancias han ocurrido? Qué obligaciones hay entre los dos? Dónde, cuándo la viste?

Carl. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara, sin ánimo de detenerme; pero el Intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel día por ser cumpleaños de su parienta: prometiéndome que al siguiente me dejaría proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á Doña Paquita, á quien la Señora habia sacado aquel día del convento, para que se espaciese un poco... Yo no sé qué ví en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El Intendente dijo entre otras cosas... burlándose, que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba D. Félix de Toledo, nombre que dió Calderon á algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion; porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella Ciudad; evitando que llegase á noticia de usted... Observé que Doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanza: viéndome preferido á todos los concurren-

E

(1) *Vase por la puerta del foro. D. Diego se sienta manifestando inquietud y enojo.*

(2) *Siéntase.*

(3) *Dándole el papel que tiraron á la ventana. D. Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.*

(4) *Siéntase D. Carlos.*

tes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero, no quisiera ofender á usted refiriéndole...

Die. Prosigue.

Carl. Supe que era hija de una Señora de Madrid, viuda y pobre; pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía: y él, sin aplaudirlos ni desaprobarnos, halló disculpas, las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la Ciudad, facilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías, y con las pocas respuestas que de ellas tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que mientras viva me hará infeliz.

Die. Vaya... Vamcs, sigue adelante.

Carl. Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos. La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres, desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, Oficial de un regimiento, estimado de mis Gefes y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas, ni la di á entender que casándose conmigo podria aspirar mejor fortuna: porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla, á que las miras de interes y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez

la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí, pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí, ciego de amor, adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y eq una que recibí pocos días ha, me dió, como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para qué decírselo.

Die. Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

Carl. Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies: referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion, para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

Die. Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

Carl. Si Señor.

Die. Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia, aplauden este casamiento... Ella... Y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... Ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano, así que...

Carl. Pero no el corazón. (1)

Die. Qué dices?

Carl. No, eso no... sería ofender-

(1) *Levántase.*

la.. Usted celebrará sus bodas cuando guste : ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud ; pero yo he sido el primero , el único objeto de su cariño , lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido ; pero si alguna ó muchas veces la sorprende , y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas , por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo , yo seré la causa... Los suspiros , que en vano procurará reprimir , serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

Die. Qué temeridad es esta? (1)

Carl. Ya se lo dije á usted. Era imposible que yo hablase una palabra, sin ofenderle... Pero, acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz y no me aborrezca: que yo, en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mí obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos, el contuelo de saber que usted me perdona.

Die. Conque en efecto te vas?

Carl. Al instante, Señor... Y esta ausencia será bien larga.

Die. Por qué?

Carl. Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... Entónces...

Die. Qué quieres decir? (2)

Carl. Nada... Que apetezco la guer-

ra , porque soy soldado.

Die. Carlos!... Qué horror!... Y tienes corazón para decírmelo?

Carl. Alguien viene. (3) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

Die. Adónde vas?... No Señor, no has de irte.

Carl. Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

Die. Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

Carl. Pero sí...

Die. Haz lo que te mando. (4)

ESCENA XI.

Doña Irene. Don Diego.

Iren. Conqué, Señor Don Diego, es ya la de vámonos?... Buenos días... (5) Reza usted?

Die. Sí, para rezar estoy ahora... (6)

Iren. Si usted quiere ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al Mayoral, para que enganchen luego que... Pero qué tiene usted, Señor?... Hay alguna novedad?

Die. Sí, no deja de haber novedades.

Iren. Pues que... Dígalo usted por Dios... Vaya, vaya!.. No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quédé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entónces, ya di-

E 2

(1) *Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Carlos, el cual se va retirando.*

(2) *Asiendo de un brazo á don Carlos le hace venir mas adelante.*

(3) *Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego y hace ademan de irse por la puerta del foro. D. Diego va detras de él y quiere impedirselo.*

(4) *Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.*

(5) *Apaga la luz que está sobre la mesa.*

(6) *Paseándose con inquietud.*

go, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos: nada me ha servido, de manera que...

Die. Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... Qué hacen esas muchachas?

Iren. Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

Die. Muy bien. Siéntese usted... y no hay que asustarse ni alborotarse (1) por nada de lo que yo diga: y cuenta no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

Iren. Pues no lo he dicho ya mil veces? Si Señor que lo está, y bastaba que yo lo dijera para que...

Die. Este vicio maldito de interrumpir á cada paso!... Déjeme usted hablar.

Iren. Bien, vamos, hable usted.

Die. Está enamorada, pero no está enamorada de mí.

Iren. Qué dice usted?

Die. Lo que usted oye.

Iren. Pero quién le ha contado á usted esos disparates?

Die. Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado: y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, qué llanto es ese?

Iren. Pobre de mí! (2)

Die. A qué viene eso?

Iren. Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí?

Die. Señora Doña Irene.

Iren. Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta ma-

nera: como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... Quién lo creyera de usted?... Válgame Dios!... Si vivieran mis tres difuntos!.. Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

Die. Mire usted, Señora, que se acaba ya la paciencia...

Iren. Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno: y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de megicones á un Comisario Ordenador, y si no hubiera sido por dos Padres del Cármen que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

Die. Pero, es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirle?

Iren. Ay! no Señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no Señor... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... Hija de mi alma y de mi corazón!

Die. Señora Doña Irene: hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, lllore, gima, grite y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

Iren. Diga usted lo que le dé la gana.

Die. Que no volvamos otra vez á llorar, y á...

Iren. No Señor, ya no lloro. (3)

Die. Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constan-

(1) Siéntanse los dos.

(2) Llora.

(3) Enjégase las lágrimas con un pañuelo.

cia... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor. En éste supuesto...

Iren. Pero no conoce usted, Señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua, que no nos quiere bien?

Die. Volvamos otra vez á lo mismo... No Señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Iren. Qué ha de saber usted, Señor, ni qué traza tiene eso de verdad? Conque, la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete viérnes, acompañada de aquellas santas Religiosas!... Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... Pues bonita es ella, para haber disimulado á su sobrina el menor deslíz.

Die. Aquí no te trata de ningun deslíz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta; de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslízarse... Lo que digo es: que la Madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las Madres y usted y yo el primero, nos hemos equivoocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro y no conmigo... Hemos llegado tarde: usted ha contado muy de ligero; con la voluntad de su hija... Vaya, pa-

ra qué es cansarnos? Lea usted ese papel (1) y verá si tengo razon...

Iren. Yo he de volverme loca!.. Francisquita... Virgen del Tremedal!... Rita, Francisca.

Die. Pero, á qué es llamarlas?

Iren. Si Señor, que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

Die. Lo eché todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

*Doña Francisca. Rita. Doña Irene.
Don Diego.*

Rit. Señora.

Fran. Me llamaba usted?

Iren. Si, hija, si: porque el Señor Don Diego nos trata de un modo, que ya no se puede aguantar. Qué amores tienes, niña? A quién has dado palabra de matrimonio? Qué enredos son estos?.. Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber.. Por fuerza lo sabes.. Quién ha escrito este papel?.. Qué dice?.. (2)

Rit. Su letra es. (3)

Fran. Qué maldad!.. Señor don Diego, así cumple usted su palabra?

Die. Bien sabe Dios que no tango la culpa... Venga usted aquí... (4) No hay que temer... Y usted, Señora: escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (5) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmas de esta noche.

(1) Saca el papel de don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego y procura en vano contenerla.

(2) Presentando el papel abierto á doña Francisca.

(3) Aparte á doña Francisca.

(4) Asiéndole de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.

(5) Quitándole el papel de las manos á doña Irene.

Fran. Mientras viva me acordaré.

Die. Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (1) *Bien mio: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle, no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la Ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo Don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa y olvide para siempre á su infeliz amigo. = Carlos de Urbina.*

Iren. Conqué hay eso?

Fran. Triste de mí!

Iren. Conqué es verdad lo que decía el Señor, grandísima bribona? Te has de acordar de mí. (2)

Fran. Madre... Perdon.

Iren. No Señor, que la he de matar.

Die. Qué locura es esta?

Iren. He de matarla.

ESCENA XIII.

Don Carlos. Don Diego. Doña Irene. Doña Francisca. Rita.

Carl. Eso no... (3) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Fran. Carlos!

Carl. Disimule (4) usted mi atrevimien-

to... He visto que la insultaban: y no me he sabido contener.

Iren. Qué es lo que me sucede, Dios mio!... Quién es usted?... Qué acciones son estas?... Qué escándalo?...

Die. Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu muger. (5)

Iren. Conque, su sobrino de usted?...

Die. Sí Señora, mi sobrino: que con sus palmas, y su música y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

Fran. Conque usted nos perdona y nos hace felices?

Die. Sí, prendas de mi alma... (5) Sí.

Iren. Y es posible que usted se determina á hacer un sacrificio...

Die. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Carlos! Paquita! qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!.. Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

Carl. Si nuestro amor (7), si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

Iren. Conque el bueno de don Carlos! Vaya que...

Die. El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las

(1) *Lee.*

(2) *Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maliciarla. Rita y don Diego procuran estorbárselo.*

(3) *Se e don Carlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*

(4) *Acercándose á don Diego.*

(5) *Don Carlos va adonde está doña Francisca, se abrazan y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.*

(6) *Los hace levantar con expresiones de ternura.*

(7) *Besándole las manos.*

tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido, como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto, lo que se debe fiar en el Sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... Ay de aquellos que lo saben tarde!

Iren. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, Señor, venga usted: que quiero abrazarle... (1) Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierito que es un mozo galan... Morenillo; pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rit. Sí, dígaselo usted que no lo ha

reparado la niña. Señorita un millón de besos. (2)

Fran. Pero, ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

Die. Paquita hermosa: (3) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (4) sereis la delicia de mi corazon, y el primer fruto de nuestro amor... Sí, hijos, aquel... No hay remedio, aquel es para mí... Y cuando le acaricie en mi brazos, podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente: si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

Carl. Bendita sea tanta bondad!

Die. Hijos, bendita sea la de Dios.

(1) *Abrázanse don Cárlos y doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*

(2) *Doña Francisca y Rita se besan manifestando mucho contento.*

(3) *Abraza á doña Francisca.*

(4) *Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos.*

FIN.

VALENCIA:

Imprenta de Domingo y Mompié.

1827.

En la misma imprenta y librería se hallarán un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, sainetes y unipersonales, por mayor y menor.

EN DICHA LIBRERÍA SE HALLARAN LAS COMEDIAS SIGUIENTES.

- 73 *Abristela y Lisidante.*
223 *A falta de hechiceros lo quieren ser los Gallegos, y asombro de Salamanca.*
29 *Afectos de odio y amor.*
25 *Agradecer y no amar.*
165 *A lo que obligan los zelos.*
98 *Amado y aborrecido.*
102 *Amir despues de la muerte.*
59 *Amigo, amante y leal.*
164 *Amor, astucia y valor.*
94 *Amor y virtud á un tiempo.*
96 *Antes que todo es mi Dama.*
17 *Argenis y Poliarco.*
21 *A secreto agravio secreta venganza.*
60 *Basta callar.*
107 *Bien vengas mal.*
115 *Caer para levantar.*
186 *Cada cual á su negocio.*
108 *Cada uno para sí.*
14 *Caprichos de amor y zelos.*
150 *Carlos Quinto sobre Tenez.*
2 *Casa con dos puertas mala es de guardar.*
105 *Céfalo y Procris.*
228 *Cómo á padre y como á Rey.*
204 *Cómo han de ser los amigos, y el Non Plus Ultra de la amistad*
92 *Con quien vengo, vengo.*
163 *Contra valor no hay desdicha.*
54 *Cuál es mayor perfeccion.*
196 *Cuando no se aguarda, y Principe tonto.*
113 *Dar la vida por su Dama.*
80 *Darlo todo y no dar nada.*
67 *Dar tiempo al tiempo.*
183 *David perseguido, y montes de Gelboé.*
265 *Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.*
144 *Del Cielo viene el buen Rey.*
53 *De una causa dos efectos.*
71 *Dicha y desdicha del hombre.*
161 *Duelos de amor y desden, en papel, cinta y retratos.*
104 *Duelos de amor y lealtad.*
259 *Donde hay agravios no hay zelos, y Amor Criado.*
138 *Eco y Narciso.*
132 *El Amor mas desgraciado, Céfalo y Procris.*
54 *El Amor mas verdadero.*
231 *El Arca de Noé.*
159 *El Asombro de Turquía, y valiente Toletano.*
153 *El Asombro de ferez y terror de Andalucia, D. Agustin Florencio.*
232 *El Asombro de Jeréz. Juana la Rabicortona.*
22 *El Astrólogo fingido.*
41 *El Avo de su Hijo.*
162 *El Bandido mas honrado y que tuvo mejor fin, Mateo Vicente Benet.*
324 *El Baron.*
217 *El Bruto de Babilonia.*
188 *El Cain de Catalaño.*
273 *El Calderero de San German.*
130 *El Cascabel del demonio.*
106 *El Castillo de Lindabridis.*
206 *El Catalan Serrallonga, y Bandos de Barcelona.*
171 *El Cerco de Roma por el Rey Desiderio.*
122 *El Conde Alarcos.*
128 y 129 *El Conde de Saldafia, y hechos de Bernardo del Carpio. Dos partes.*
45 *El Conde Lucañor.*
156 *El Defensor de su Agravio.*
46 *El Delincuente honrado.*
211 *El Divino Nazareno Sanson.*
252 *El Dómine Lucas.*
40 *El Encanto sin encanto.*
256 *El Ermitaño galan, y Mesonera del Cielo.*
84 *El Escondido y la Tapada.*
125 *El Falso Nuncio de Portugal.*
301 *El Galan fantasma.*
83 *El Garrote mas bien dado, y Alcalde de Zalameda.*
119 *El Genizaro de Hungria.*
47 *El Golfo de las Sirenas.*
42 *El gran Principe de Fez, D. Baltasar de Loyola.*
43 *El Hijo del Sol Faeton.*
229 *El Honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas.*
230 *El Honor es lo primero.*
55 *El Jardin de Falerina.*
203 *El Job de las mugeres, Santa Isabel Reyne de Ungria.*
168 *El José de las mugeres.*
143 *El Juramento ante Dios.*
33 *El Laurel de Apolo.*
181 *El Licenciado Vidriera.*
117 *El Maestro de Alejandro.*
26 *El Maestro de danzar.*
218 219 220 221 y 222. *El Mágico de Salerno. Cinco partes.*
68 *El Mágico prodigioso.*
205 *El mas heroico Español, lustre de la antigüedad.*
200 *El mas tímido Andaluz, y guapo Francisco Estevan.*
262 *El mas valiente Andaluz, Antonio Bravo.*
13 *El mayor encanto amor.*
19 *El muy Monstruo los zelos, y Tetrarca de Jerusalen.*
111 *El Médico á palos.*
16 *El Médico de su honra.*
137 *El Milagro por los zelos, y Don Alvaro de Luna.*
39 *El Monstruo de los jardines.*
176 *El Montañés Juan Pascual.*
123 *El Negro mas prodigioso.*
179 *El Ofensor de sí mismo.*
134 *El Pintor fingido.*
257 *El Polifemo.*
37 *El postrer duelo de España.*
12 *El Principe constante, y Mártir de Portugal.*
143 *El Principe de los montes.*
154 *El Principe prodigioso y defensor de la Fe.*
199 *El Principe Villano.*
3 *El Purgatorio de San Patricio.*
166 y 167 *El Ravo de Andalucia y Genizaro en España. Dos partes.*
329 *El Rencor mas inhumano de un pecho alevé y tirano, ó la Condesa de Jenovitz.*